

ISABEL GUERRA Y LA INMACULADA JOVEN

LA BELLEZA AL SERVICIO DE LA ESPERANZA EN EL CERTAMEN MARIANO



El Certamen que convoca anualmente la Academia Mariana de Lleida está dedicado a una advocación mariana particular. La de este año ha causado sorpresa y admiración por tratarse de una versión actual y joven de la Inmaculada Concepción, íntimamente asociada a la pastoral juvenil española. Su autora, Isabel Guerra, conjuga su condición de pintora innovadora y brillante con la de monja de clausura cisterciense. Su vida está dedicada a pintar la belleza como un destello del amor de Dios. Su ora et labora es pintar y amar a Dios.

A lo largo de una entrevista que nos concedió en el monasterio de Santa Lucía, de Zaragoza, sor Isabel Guerra confió lo más relevante de su trayectoria vital y artística. A través de sus palabras y de los catálogos de algunas de sus múltiples exposiciones hemos descubierto algo más de su compromiso con la modernidad del Arte sin romper con su legado histórico, y la búsqueda de nuevos espacios de esperanza. Su incorporación, en los primeros años del siglo XXI, a los sillones de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza y a la de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo es el reconocimiento a su aportación al mundo del arte español.

Una vez transcrita la entrevista, hemos hilvanado las respuestas y comentarios de “la Pintora de la Luz” para que sea ella misma quien se presente y nos explique su obra y el mensaje de Belleza, Esperanza y Verdad que transmite. Sus palabras se complementan con una sencilla explicación sobre la devoción a la Inmaculada Concepción de María, que es el tema central de nuestro Certamen y de la obra homenajeada de este año: la Inmaculada joven, de Isabel Guerra.

*Mis lienzos buscan ser carta abierta a los hombres y mujeres de este tiempo,
cuyas tumultuosas aguas forman imponente cascada
que cae sobre el cauce estremecido del tercer milenio.
¡Ojalá pudieran ser carta dictada por el Sol que nace de lo alto!
Una carta claramente iluminada por la Luz.*

Isabel Guerra

1. Isabel Guerra: itinerario vital y artístico

Nací en Madrid el 30 de abril de 1947. Fui la primera y única hija de Joaquín Guerra y Lucía Peñamaría, una familia acomodada donde respiré el cariño de unos padres que se querían tiernamente. Vivíamos en el barrio de los Austria. Desde los balcones de casa, la ancha e increíble panorámica de la Sierra Madrileña era como el fondo de un paisaje que arranca ya de los árboles que casi pueden cogerse con la mano. Vista a la izquierda, el estudio de Zuloaga; unos pasos al frente, el de Velázquez; cinco minutos más y la Puerta del Sol. Era un entorno privilegiado con una luz tan bella que me ayudó a enamorarme de cuanto me rodeaba y a contemplar y fijar, recreándolo, cada instante, cada persona, cada cosa.

A los seis años entré en la escuela, pero no fui una alumna feliz. Mis gustos distaban mucho de la forma de ser de las niñas de entonces. Los doce años fueron una fecha decisiva en mi vida. De todos los regalos posibles elegí una caja de óleos, aunque entonces desconocía qué era esta pintura. Cuando la tuve entre mis manos, el sentimiento interior que tuve fue tan intenso que jamás he podido olvidarlo. Algo me estaba gritando que en aquella caja estaba encerrado el secreto de toda mi existencia.

1.1. Mi doble vocación: la pintura y la vida contemplativa

Terminado el curso ya no volví al colegio. Mi dedicación a la pintura comenzó a ser plena. Tanto que a los quince años me lancé a la audacia de exponer en Madrid. Audacia propia de una tremenda ilusión, de un tremendo esfuerzo realizado y, naturalmente, de los quince años.

Continué estudiando, trabajando y exponiendo hasta los veintitrés años. Esta vuelve a ser fecha clave en mi vida, pero con relación a mi otra vocación paralela. El 12 de noviembre de 1970 entré en el Monasterio cisterciense de Santa Lucía, en Zaragoza, una histórica comunidad que había nacido en Santa María de Iguácel, en los orígenes del reino de Aragón. Este paso trascendente fue como un nuevo nacimiento que no supuso ruptura alguna con el mundo de la pintura. Fue una amiga, que curiosamente era hija de mi proveedor de óleos y lienzos, quien me conectó con esta nueva realidad.

Mi vocación religiosa había surgido también a los doce años. Pero lógicamente tuve que esperar por la edad y, a la vez, esperar a que mis padres se hicieran a la idea y lo aceptaran, sobre todo mi madre. Yo era hija única y ellos vivían absolutamente centrados en mí. Habían estado diez años de matrimonio deseando tener un hijo, sin conseguirlo: fui una niña muy deseada. La separación se les hacía terrible, pero fueron evolucionando en su manera de verlo y, al final de su vida, estaban absolutamente encantados: “Estamos felices; Maribel está donde mejor podía estar”, decían. Luego, tuve la gran suerte de poder asistirles en sus enfermedades hasta la muerte.

Mis dos vocaciones, la religiosa y la artística, son independientes pero forman una auténtica unidad en mi corazón y en mi alma, y se complementan en mi vida de una forma bastante adecuada. En mi primera juventud yo no era muy consciente de ello, pero el correr de los años me ha demostrado que dan un sentido único a mi vida. Obra y vida han de ser una misma cosa para alcanzar autenticidad. Se es pintor todos los días y a todas las horas del día.

En ese encuentro complicado entre mi pasión por la pintura y mi compromiso con Dios, erigí mi vocación como servicio y como gratitud empeñada en la apasionante tarea de construir espiritualmente el reino. Me parece como si el mismo San Benito, autor de nuestra norma de vida “ora et labora”, que incluye un capítulo dedicado a los artistas del monasterio, ya estaba pensando que algún día iba yo a aparecer por el Císter. Así que mi laborar fue continuar pintando.

Con mis hermanas comparto las horas dedicadas al oficio divino, siempre con la mayor solemnidad posible. La liturgia de alabanza es nuestra primera obligación de compromiso ante Dios y la Iglesia. Nos ocupa desde las 5 de la mañana -que es cuando nos levantamos- hasta las 9:15, entre maitines, laudes y Santa Misa. A las 9:30h comienza nuestra jornada de trabajo. Yo hago el mismo horario que mis hermanas: mientras ellas trabajan en nuestros talleres de restauración de documentos o en la encuadernación de libros, yo pinto. Mantenemos el equilibrio entre el orar y el trabajar de forma muy adecuada y sabia, pues el trabajo también es una liturgia -oración y acción de gracias- que me da la posibilidad de vivir de mis manos.

La vida monacal ha sido siempre un foco de cultura y favorece el cultivo para las artes por el silencio, la armonía y la serenidad. Hubo un tiempo en que para pintar viajaba, haciendo uso de

una bula papal, pero ya no suelo hacerlo: prefiero el silencio del convento. En cualquier caso, la forma de vida monástica es la que informa y conforma mi obra.

En este proceso vital, acompañado por mi personal afán de estudiar y conocer todo lo que se está haciendo y está pasando en el universo del arte, mi pintura irrumpió en el mundo de las exposiciones y en el mercado del arte a partir de 1986 de la mano de la galería Sokoá, de Madrid.



Isabel Guerra al Monasterio cisterciense de Santa Lucía de Zaragoza, donde ingresó el 12 de noviembre de 1970.

1.2. Biografía artística

Empecé emborronando cuartillas y dibujaba las cosas que pinta un niño aficionado. Después me facilitaron láminas y cuadernillos de aprendizaje. Desde aquellos doce años fueron ya métodos serios de dibujo, seguidos con la autodisciplina que me imponía mi gran deseo de aprender el oficio al que quería dedicar mí su vida. Todo lo demás quedaba atrás; lo único importante era pintar.

Empecé mi andadura con el óleo entregada solamente a mi intuición creativa. Mis visitas al Museo del Prado y el mundo de las exposiciones fueron convirtiéndose en los más poderosos estímulos de mi lucha diaria. Mi aprendizaje fue posible gracias al descubrimiento de los grandes maestros: Francisco de Goya y, especialmente, Diego de Velázquez, mi verdadero tutor. Ellos fueron modelando mi pincelada y construyeron mi paleta cromática. A través de la coloración, en la tonalidad, se consigue que las cosas no sean más de lo que son y que en cada obra logre que la estructura no sea visible.

Posteriormente, fui descubriendo a los otros grandes pintores, principalmente los impresionistas, atracción que culminó en mi viaje a París en 1965. Pero más que el autor siempre me ha interesado la obra realizada por quienes de verdad son pintores en el más hondo sentido de la palabra. La obra de arte traspasa el tiempo y tiene capacidad de diálogo y de alentar nuevos caminos. Lo queramos o no, somos hijos, discípulos y continuadores de todo el legado increíble que el talento de tantos artistas nos ha dejado, incluso en aquellas obras que pudieran parecer más novedosas.

La pintura es siempre lenguaje, palabra, encarnación de espíritu. Si está al servicio de la Verdad y del Bien encierra Belleza. Más allá del ejercicio de la materialidad de un oficio con calidad, es necesario que el pintor tenga alma como colaborador de Dios en la obra de la Creación. Pintar es un compromiso con mi tiempo vital y con mi realidad como ser humano. La pintura me permite

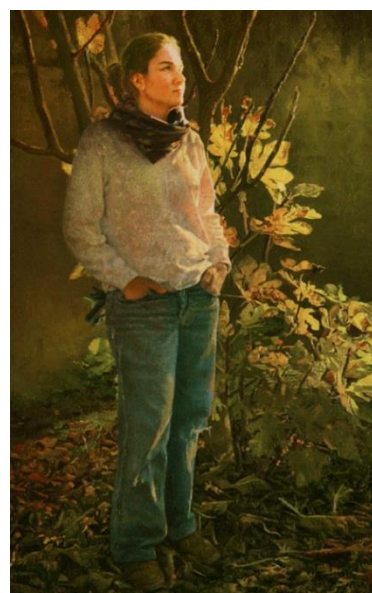
decir quién soy, como soy y como es a través de mí cuánto me rodea. Pero para que esa obra pueda transmitir sentimiento, emoción, yo debo ir creciendo en calidad como persona.

No me ha preocupado nunca evolucionar por evolucionar. Siempre he preferido dejarme llevar de un sentimiento espontáneo que hiciera de la evolución una línea más armoniosa que quebrada y ojalá siempre ascendente. Pero hay un proceso de reflexión ante la obra de arte que define mi propio oficio de pintora, y mi evolución permanente que queda reflejado en una serie de etapas artísticas. En primer lugar, la **'necesidad de plasmar el asombro'** (1959-1967) aprendiendo la forma de "decir" las emociones. Una verdadera obra de arte es tan rica, tan múltiple, como diálogos suscita con cuantos se acercan a ella, y es una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo.

La **'búsqueda de un lenguaje'** (1968-1977) coincide con mi cambio de vida al ingresar en el monasterio. La luz de la casa la incorporé a temas trascendentes para dar testimonio de valores de donde emana toda belleza: la Bondad, la Verdad y la Belleza. La pintura es un silencio que canta el fruto de una contemplación, una realidad escondida en apariencias. **'la percepción de una llamada'** (1978-1985) se manifiesta en un expresionismo lírico que busca la dimensión espiritual de la naturaleza y el mundo interior. Mi obra está unida a la **'conciencia de una misión'** (1986-1992). Por ello trato de poner la sonrisa de Dios entre los hombres a través de testimonios vivos i veraces que despierten sentimientos religiosos.

El simbolismo de la luz pasa a ser central junto con mi interés por la imagen fotográfica como una herramienta más **'al servicio de la Luz'** (1992-1999) y de la Belleza. Mis obras comienzan a ser testimonio de un logrado virtuosismo en la técnica y de una aguda fidelidad a la realidad. En todas ellas el detalle se resalta con la luz, se define especialmente en el resplandor que lo convierte en emoción. Las posibilidades que da la fotografía y **'cautivada por la capacidad de expresarme desde las nuevas tecnologías'** (2000-2007) refuerzan mi investigación en este campo tan lleno de posibilidades y marcan un punto y aparte en mi manera con concebir la estética.

Tras dos años de mi vida sin poder trabajar debido a importantes problemas de salud, se abre la etapa actual procurando **'construir una filosofía de la imagen virtual'** (2010 -). La construcción de imágenes nuevas para tiempos nuevos se inspira en la idea de integrar nuestro Patrimonio natural y cultural en nuestra vida. Para ello recupero fotografías antiguas y las convierto en creación artística. Mi meta es provocar la emoción del reencuentro del espectador con su identidad cultural y conseguir una estética propia que exprese valores y sentimientos. Son las "fotografías trabajadas".



Mi obra comprende pinturas, infografías, fotografías texturadas, serigrafías, dibujos... Todas tienen en común un profundo respeto a la imagen como fuente principal de la inspiración. La **técnica** que empleo preferentemente es el óleo sobre tela, con espátula. Así el color queda más limpio, se puede calcular mejor la pintura utilizada y me ofrece un mayor abanico de posibilidades. También empleo la tabla en tamaños reducidos.

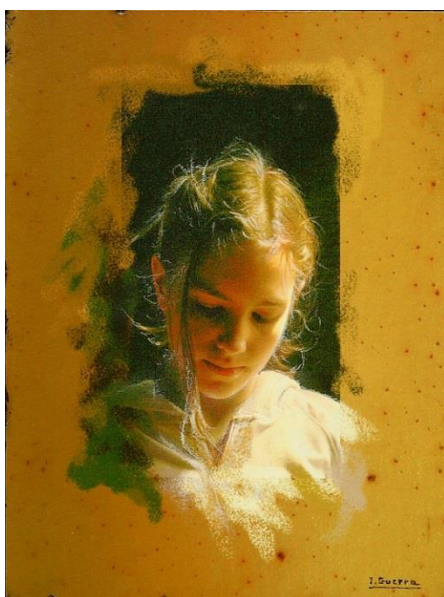
La paleta más usual ha sido la compuesta por los cuatro colores fundamentales más el blanco. Es una base que hace austero el ejercicio de pintar. La evolución puede producirse en la coloración, en la tonalidad. El dibujo tiene para mí dos vertientes: el que habrá de convertirse en pintura y el considerado como obra en sí mismo. Este último ofrece tantas formas y combinación de técnicas que lo hace sugestivo y liberador.

La fotografía me resulta tan importante como la paleta que me ofrece el color, o el lienzo que me aporta su soporte a la narración. Transfiero al lienzo la imagen captada por un objetivo y la recreo con una habilidad técnica que permite confundirla con una fotografía. Es el llamado Fotorrealismo, según el cual el proceso artístico nace en la elaboración de la imagen, de la recreación de lo visto y de la propuesta de una nueva lectura para la imagen.

Más que la técnica o el procedimiento lo más importante es el resultado. No me siento aferrada a las técnicas tradicionales. Normalmente hago fotografías y a partir de la imagen pinto, añadiendo texturas, formar, deformar... con distintos soportes y según la intuición. Al diálogo entre la pintura y la fotografía se unen también los procedimientos digitales, realidades virtuales de imágenes que sirven al espacio, pero no existen. La pantalla táctil es igual que un lienzo. La imagen digital no es algo menor, sino diferente. Siempre que se hace una variación sobre una imagen se está creando una imagen nueva.

Actualmente estoy haciendo una recreación de la historia de la fotografía. Quiero demostrar que a través de la fotografía se pueden conseguir los mismos resultados que con un óleo. Es un momento muy novedoso con un campo extraordinariamente amplio. Exige mucho estudio y conocimiento.

Mi **firma** es muy pequeña en los cuadros, pero es muy grande en los catálogos. En los cuadros en realidad sobraría, pues la firma debe ser el halo, el todo del cuadro, lo que cada uno percibe inmediatamente en él. Pero hoy día la pide todo el mundo y hay que ponerla, aunque a mí me estorba, por eso procuro que no distraiga... Uso un pincel 00 para firmar, cosa que me produce grandes molestias y se me olvida con frecuencia.



El **estilo** es algo personal y no seguimiento de experiencias a la moda. Pueden existir coincidencias o aproximaciones que se dan por la influencia que aporta el momento histórico vivido. Aunque digan que soy un referente del hiperrealismo español, nunca que querido que me encuadraran en este movimiento. Mi obra responde a un estilo personal y espontáneo en el que todo lo domina la luz que irrumpe desde el interior de los objetos. Cuido mucho las texturas de la luz para conseguir el efecto de un **realismo trascendente** donde la pintura se despoja de lo superfluo y es visión de una alegría que convierte en arte lo cotidiano, haciendo la crónica de *“escenas domésticas”* y *“entornos de gozosa intimidad”*.

El monasterio es un lugar riquísimo para la inspiración. Nuestro modo de vida se orienta a la búsqueda de la belleza, no solamente escenográfica, sino vital: la paz y la serenidad, un clima de silencio y admiración hacia el Creador. Cuando elijo un **tema** es preciso que me haya identificado con él y pueda responder a una constante de mi ánimo. Siempre procuro que una imagen sea buena y válida para un entendido y para una persona no iniciada en ninguna de las artes. Es muy raro que trabaje varios temas a la vez. Cuando algo está empezado me absorbe y apremia. No tengo cuadros inacabados o abandonados en el camino. Dejo que sea el ritmo normal de mi vida quien vaya marcando los caminos. Pienso que así la evolución temática corresponderá más fácilmente a la del espíritu.

Yo no pinto «temas religiosos» salvo contadísimas ocasiones nacidas de encargos ineludibles. Entre ellas, el Descendimiento de Cristo y mis dos Inmaculadas -la Inmaculada de la Almudena y la Inmaculada Joven-, cuadros sobre santa Teresa de Ávila, retratos de fundadoras o religiosas, de mis superiores de la orden del Cister... Pero la evidencia demuestra que mi obra es intensamente espiritual, pues recoge el ambiente monacal en el que vivo donde todo se desenvuelve en un clima de silencio, de oración, de trabajo hecho liturgia. En general prefiero los temas que me facilitan la posibilidad de expresar un sentimiento previamente vivido en la intimidad del ser, en el ejercicio de la reflexión, de la contemplación amorosa, de la oración hecha vida.

Me interesan los niños por una expectante, ilusionante esperanza. Los adultos, más, por cuanto sugiere su lucha en paz de la existencia. En muchos de mis cuadros aparecen jovencitas con un rostro lozano, lleno de ilusiones ante la vida, para transmitir frescura, esperanza, toda una serie de valores positivos con candor y pureza. Otras veces pinto utensilios de cocina, libros, plantas y flores, botes de conserva, fruta, jarrones... En general, imágenes muy cotidianas y sencillas, siempre con la misma idea, pues nos están hablando de paz, de serenidad, de reconciliación. Por la luz estas imágenes se transforman en algo vivo y nos llevan al descubrimiento de la belleza que nos rodea y nos anima desde dentro.



Mi **método de trabajo** es constante, sin esperar nunca a que me «visite» la inspiración. Se es pintor todos los días y todas las horas del día. La experiencia dice que no son las peores realizaciones las de los días en que no «apetece» ponerse a trabajar. Esta idea me recuerda siempre aquél magnífico chiste de Mingote donde aparecía Velázquez, con aspecto aburrido, diciendo: «Hay días en los que a uno no se le ocurre nada»; mientras, por azar, pasaban ante sus ojos todos los personajes de las Meninas. Pero él estaba allí, preparado ante su lienzo. También me vienen a la cabeza las experiencias oracionales de santa Teresa de Jesús, que afirma cómo el Señor «regalaba» su esfuerzo en los días de oscuridad.

Por otra parte, *'el tiempo también pinta'* y esto me hace ser muy crítica con la restauración, pues no suele hacer justicia al color original, que nadie ha visto. Tampoco los análisis son pura ciencia. Siempre es mejor conservar -con una limpieza somera- que restaurar.

Para mí pintar es algo connatural a mi persona, es mi forma de expresar todo lo que llevo dentro. Es una especie de carta permanente para el mundo que me rodea. La pintura ante todo es comunicación, **mensaje**, algo que se hace para los otros. Yo pinto para quien quiera mirar mis lienzos con el corazón abierto y la mente abierta. Pues el arte más que una técnica es algo que te habla de una situación concreta del alma i del espíritu, y te lleva a interiorizar en tu propia existencia y encontrar caminos y senderos que nos llevan a descubrir esa Luz y ese Amor.

El arte es como una llamada al Misterio. En la medida en que una obra de arte se produce, se produce un brote de espiritualidad sobre la tierra, traspasa el tiempo y tiene capacidad de diálogo con todos porque nació del perfecto maridaje del espíritu con la materia. La huella del Espíritu que se halla en la Naturaleza se une al espíritu que yo también proyecto en la obra de mis manos y deja un destello de expresión espiritual.

La trascendencia que emanan mis cuadros permite llegar a Dios a través del lenguaje plástico. Yo sólo soy un instrumento en sus manos, y dejo que Él vaya dirigiéndome por donde quiera. El cuadro siempre es algo que se termina entre dos: entre el pintor y quien contempla la obra, cuando percibe el mensaje. Ahí, en ese punto de encuentro, es donde se recrean verdaderamente Arte y Belleza.



1.3. Arte y vida interior

El Arte va más allá de unos conocimientos estéticos y de una materia o un cúmulo de técnicas, pues también está hecho de alma y de vida interior. La Historia del Arte nos lo demuestra así. Aunque yo no sea propiamente pintora de temas religiosos, mi arte es religioso en cuanto que ayuda a la persona a descubrir la presencia de lo divino en su propia existencia, en las pequeñas

cosas que nos rodean, en los actos sencillos de la vida diaria. Mis obras enseñan a saber llenar los vacíos interiores de aspiración elevada a Dios, para que luego descienda para nosotros su Luz.

La Luz es un símbolo y una realidad muy importante en mi obra pictórica. “Yo soy la luz del mundo”, nos dijo Jesús. De Él recibimos toda luz. La luz borra nuestras tinieblas interiores y nos hace criaturas nuevas, perfectas imágenes del Hijo, imagen visible del Invisible. Nos está envolviendo todos los días, nos está ayudando a vivir. La luz que recibimos de nuestro sol no deja de ser una chispita de la Luz con mayúscula.

Cuando se descubre esa Luz se entiende mejor la vida, con sus momentos dichosos, aunque sea en el dolor. Cuando aparecen esos momentos de cruz se pinta de la misma manera. Es el misterio del dolor y el misterio del amor. Las dos caras de la misma moneda. Yo procuro realizar el trabajo con el amor que nos tienen -no que nosotros somos capaces de tener-, y que nos viene como un gran regalo del Infinito, y transmitirlo.

Yo no pinto la luz que veo, sino la que siento. Descubro en lo más cotidiano de nuestro alrededor una belleza increíble. En formas, en colores, en luz. Una belleza que nos da pistas para encontrar dentro de nosotros esa misma luz, pero mucho más real. Porque lo que vemos entorno nuestro es tiempo, apariencia que dejará de ser. Y que nos habla de otra luz distinta, mucho más real, que nunca acaba.

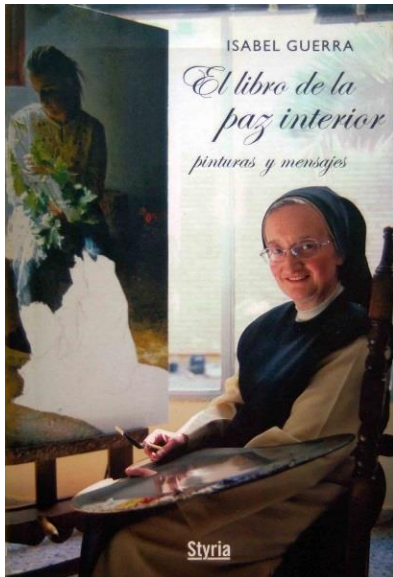


El noventa y nueve por ciento de los **títulos** de mis cuadros son citas bíblicas: “Abierta a tu misterio”, “La luz interior”, “La luz de tu palabra me ilumina”... Porque la palabra de Dios tiene una fuerza muy especial, muy poderosa. También son un medio para que muchas personas comiencen a descubrir la Buena Noticia por medio de esos breves textos que acompañan a los cuadros en los catálogos.

Tengo la alegría de que en muchas ocasiones se han producido verdaderos acercamientos a la fe. Me escriben cartas, o me dicen personalmente cosas como que “desde que vi tu exposición no sé qué me ha pasado, pero he vuelto a creer de nuevo; estoy feliz”. Eso es quizá lo más gratificante que tiene mi trabajo. Lo que ocurre es que el Señor se vale de cualquier circunstancia, pero claro cuando esa circunstancia es Su Palabra, es que se vale de Él mismo.

Para mí la **Poesía** es la emanación de un espíritu muy dado a la contemplación, al contacto con las realidades trascendentes -de una o de otra forma-. Es un acto de estética profunda del uso de la palabra. Pero fundamentalmente es ese “algo” que se traduce en palabra, que tiene que llegar al corazón de los demás. Será más poesía y más bella tanto en cuanto más y mejor pueda entrar en el corazón y en el alma de quien la lee o la escucha.

Suelen ser textos escritos en ratos de oración. Son reflexiones, oraciones, algunos como letanías, retazos de mi manera de pensar y de sentir ante la realidad de la Buena Noticia. Se asocian con especial ternura mis obras artísticas con meditaciones personales que despiertan la conciencia de la dignidad y mi apertura interior hacia el mundo, hacia los demás, hacia Dios y lleva al encuentro de la realidad de las cosas, de las personas y de los paisajes. Aquí hay un fragmento:



Belleza: fuerza de la brisa suave

¡Aleluya! Está entre nosotros. Es la luz que llena la esperanza. Es la luz que ensancha en nosotros el deseo de la Vida. Es la luz que abre el corazón. Es la luz de la paz que desarma la violencia. Es la luz de la alegría que disipa las algarabías huecas y las pesadas tristezas. Es la luz que asume el dolor de todos para transformarlo en fuerza salvadora.

¡Alerta, está entre nosotros! ¿No lo notáis? Acerquémonos a la Belleza. [...]

¿Por qué gastar la vida
en broncas tempestades,
si está la Brisa
pasando siempre
ante la entrada de mi tienda?

(Texto escrito para la Galería Sokoa, de Madrid)

2.-La Inmaculada Concepción de María

La Inmaculada Concepción, también conocida como Purísima Concepción, es la creencia que sostiene que María, Madre de Jesús, fue preservada del pecado original, y fue concebida *sin mácula*, libre de todo pecado. Dios quiso preparar en ella una estancia digna para su Hijo. La doctrina lo reafirma con la expresión «llena eres de gracia» (Gratia Plena) contenida en el saludo del arcángel Gabriel (Lc 1,28), y recogida en la oración del Ave María, este aspecto de ser libre de pecado por la gracia de Dios.

2.1. Origen de la devoción

Entre las primeras comunidades cristianas ya se consideraba a la Virgen María "tota Santa". San Ireneo, jurista romano del siglo II, escribió refiriéndose al pecado original: “el nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María”. Un poema de san Efrén de Siria (siglo IV) reza así: “Ciertamente tú (Cristo) y tu Madre sois los únicos que habéis sido completamente hermosos, pues no tenéis defecto ni mancha alguna”.

La antigua fiesta litúrgica de la Concepción tuvo su origen en los monasterios de Palestina a finales del siglo VII. Al principio se conmemoraba la Concepción de Ana, anciana y estéril que, por una gracia especial divina, engendró a María. Con el paso del tiempo pasó a ser la fiesta de la Concepción de María. Esta fiesta greco oriental en el siglo IX pasó a los monasterios griegos de la baja Italia y después a Inglaterra e Irlanda. A partir del siglo XII se celebraba como fiesta de la Concepción Inmaculada. Al mismo tiempo surgió la controversia teológica sobre la concepción

inmaculada. La tesis inmaculista, defendida por la escuela franciscana, fue imponiéndose con la formulación de la redención preservativa: María fue preservada del pecado original por los méritos de Cristo.

El papa Sixto IV extendió la celebración de la fiesta a toda la Iglesia Latina (1476), Clemente IX la instituyó en toda la Iglesia universal (1708) y Alejandro VII determinó su contenido teológico (Constitución Apostólica *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum*, 1661).

El papa Pío IX creía firmemente en la Inmaculada Concepción de María y que su definición fundamentaría la certeza de la primacía de la Gracia y la obra de la Providencia en la vida de los hombres. Aun así, decidió realizar una consulta con el episcopado mundial a través de la Encíclica *Ubi primum* (1849) pidiendo que expresaran cuál era su deseo acerca de la definición del dogma. En los informes recibidos rezumaba la devoción ferviente al misterio y el vehemente anhelo de que fuera definido cuanto antes. El Papa los hizo imprimir, formando diez volúmenes, el más grandioso monumento que la piedad de los fieles levantó a María Inmaculada. Y, acogiendo con buena voluntad los deseos de la cristiandad, el 8 de diciembre de 1854 publicó la Bula *Ineffabilis Deus* con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María. La fiesta del Nacimiento de la Virgen María, que en el siglo V ya se celebraba en Jerusalén el día 8 de setiembre, sirvió para escoger el 8 de diciembre –nueve meses antes- como fecha para solemnizar su Inmaculada Concepción.



Dos visiones del momento en que el Papa Pío IX declaró el dogma. Hay muchos testimonios que hablan de que un rayo de luz iluminó al Papa al declarar ese dogma en la Basílica Vaticana.

2.2. La devoción a la Inmaculada Concepción en los reinos hispanos

La creencia en la Inmaculada Concepción de María en España se remonta ya al tiempo de los visigodos: el rey Wamba recibió el título de defensor de la Purísima Concepción de María, y Ervigio declaró su fiesta como ley de Estado. Así se abrió una línea de monarcas devotos a la Inmaculada Concepción que, como Fernando III el Santo, el emperador Carlos V o su hijo Felipe II llevaban su imagen en el escudo o estandarte. La devoción y creencia en la Inmaculada Concepción de María alcanzó un profundo arraigo especialmente en los pueblos de la antigua Corona de Aragón desde que Jaime I el Conquistador introdujo la devoción. A partir de Juan I los consejos y las leyes reales animaron a los ciudadanos en este sentido.

En el último tercio del siglo XV, Castilla fue un foco importante de devoción a la Inmaculada Concepción. Bajo el amparo de los Reyes Católicos se fundó la orden de las concepcionistas franciscanas, la primera institución de la Iglesia dedicada a la consagración de la Inmaculada. Isabel de Castilla y Fernando de Aragón pidieron insistentemente al Papa la definición de la Concepción Inmaculada de María como dogma de fe. Esta devoción continuaron alimentándola sus sucesores, los monarcas de la Casa de Austria. Felipe II, que tenía gravada la imagen de la Inmaculada en el escudo real, impuso la obligación de defender su misterio en las Universidades españolas.

Desde el siglo XIV existen en España referencias de cofradías creadas en honor a la Inmaculada. La más antigua, en Gerona, data de 1330; le sigue la de Zaragoza en 1333. Pronto alcanzaron un gran auge gracias a la labor de los franciscanos, sus grandes difusores. Numerosas cofradías constituidas bajo la advocación de la Pura y Limpia Concepción de María, hermandades consagradas a las labores caritativas y la asistencia social, participaron del ambiente inmaculista durante los siglos XVI y XVII.

En 1618, Felipe III pidió al papa que definiera el dogma de la Inmaculada. Paulo V respondió con una declaración de que la Virgen María fue concebida sin pecado original. Pocos años después, en 1644, España inició la celebración del **patronato de la Inmaculada Concepción**, aunque su proclamación oficial la haría Clemente XIII atendiendo la petición de las Cortes generales de Carlos III (Bula *Quantum Ornamenti*, de 25 de diciembre de 1760).

Tras la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, Pío IX dedicó a España la **columna de la Inmaculada Concepción** en la plaza de España de Roma, el 8 de setiembre de 1857. Era un homenaje al papel de los teólogos, misioneros, poetas, pintores, reyes y al pueblo español a la su devoción. El monumento consiste en una antigua columna romana, de mármol de Corinto, hallada en el Monasterio de Santa María de la Inmaculada Concepción, en el Campo de Marte, coronada por una estatua de bronce de la Inmaculada. Su base está decorada con estatuas de Moisés, David, Isaías y Ezequiel -profetas que contribuyeron a la configuración del dogma- y bajorrelieves de la Anunciación, el sueño de José, la Coronación de María y la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.



La Columna de la Inmaculada Concepción, inaugurada en Roma por Pío IX en la embajada española el 8 de setiembre de 1857.

La creencia y el amor de los españoles a la Inmaculada Concepción de María sigue manifestándose en su culto y gran veneración popular. Por eso, el papa Juan Pablo II pudo exclamar en su visita a Zaragoza, el 6 de diciembre de 1983: “El amor Mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad; y ha impulsado a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de la grandeza de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción”.

2.3. La devoción de Lleida a la Inmaculada

La ciudad de Lleida también tiene en su haber una larga tradición mariana, documentada especialmente desde los últimos siglos de la Edad Media. Es muy probable que durante la dominación musulmana hubiera una Hermandad bajo la advocación de Santa María que ayudara a los cristianos a mantenerse firmes en la fe. Esta era la advocación de la primitiva Catedral que se restauró en 1177, consagrándose a Santa María la Antigua.

La construcción de la Seo Vella, cuya primera piedra se puso en 1203, se hizo también como monumento perenne a la Virgen María. Así lo muestra la magnífica portada del *Avemaría*, o de la Anunciata que mandó construir el obispo Gombald de Camporrells (1215). Con el tiempo la devoción se decantaría hacia el misterio de su Concepción Inmaculada, la prerrogativa más gloriosa de María Santísima. Su gran impulsor en Lleida fue el obispo Ferrer Colom, quien poco después de su consagración, en 1335, dedicó una capilla a la Santificación o Concepción de la Santísima Virgen.



La Seu Vella de Lleida, dedicada a Santa María la Antigua. Puerta del Avemaría o de la Anunciata, también dicha de las Novias, en el transepto. Al lado, la capilla de la Concepción o de la familia Colom.

Era natural que los libros litúrgicos de la Iglesia de Lleida celebraran este glorioso misterio mariano. En un Breviario Ilerdense del siglo XIV, aunque no figura la Inmaculada entre las fiestas dedicadas a la Virgen María, en el oficio de la *Beata Virgine* de los sábados se la menciona como “*Paloma Inmaculada*” i “*Toda Inmaculada, porque en nada fue manchada*”. En el Breviario de Roda (*Breviarium secundum consuetudinem Ecclesie Ilerdensis*), también del siglo XIV, seguramente copia de otro más antiguo, ya consta el 8 de diciembre como festividad de la Concepción de la Virgen María, pero con el oficio de su Natividad.

Una vez construida la capilla de la Concepción en la Seu Vella, el obispo Miquel Despuig, gran devoto también de este misterio, estableció en 1556 la procesión de la Concepción, que en muchos documentos públicos se llama claramente “Inmaculada”. Meses después, el 24 de mayo de 1557, la Paería, en nombre de la ciudad, hizo el voto de sumarse a esta procesión.

La Lleida medieval era sede de la primera universidad de la Corona de Aragón. El Estudi General, que tenía en la protección de la Virgen María uno de sus pilares fundamentales, ejerció una notable influencia en la progresiva implantación del misterio de la Purísima. Sin duda, la presencia de la comunidad franciscana, gran defensora de las tesis inmaculistas, contribuyó notablemente a este fin. El mismo obispo Despuig creó allí, en 1559, el Colegio de la Concepción *-el nuevo-*, de clara significación social pues tenía la misión de educar a doce estudiantes pobres.

Lleida se sumó al anhelo unánime en España de solicitar al Papa, en 1618, la definición dogmática de la Inmaculada Concepción y puso la ciudad bajo su protección. El dogma se hizo esperar, pero la declaración de Paulo V se celebró en Lleida con tres días de fiesta grande. Además, el Cabildo favoreció las obras de restauración y realización de imágenes de la Concepción. También la Paeria encargó en 1622 una imagen de plata de la Purísima, con peana y un palio blanco con el escudo de Lleida, para sacarla en procesión.

Una vez militarizada la Seu Vella a partir de 1707, la nueva catedral consagrada en 1781, también a la Virgen María, ya incluía una capilla dedicada a la Inmaculada con una talla del escultor Juan Adán. Con el saqueo de la ciudad por las tropas francesas (1810), entre muchas otras muchas obras de valor, desaparecieron las antiguas imágenes de la Inmaculada. La procesión fue perdiendo su antiguo esplendor y la presidía una nueva imagen de la Inmaculada con peana, de madera.

Por otro lado, Lleida contaba desde el siglo XII con una institución caritativa bajo la advocación de la Virgen María: la Pía Almoina o Almoina de Santa María de la Seu Vella. El hospital municipal de Lleida también se dedicó a la Virgen María: era el Hospital de Santa María, fundado a mediados del siglo XV. Allí se establecieron en 1792 las Hijas de la Caridad para la atención a los enfermos; era la primera fundación española de la orden dedicada, además, a la propagación de la devoción a la Inmaculada de la Medalla Milagrosa, tras la aparición de la Virgen María a la novicia sor Catalina Labouré el 27 de noviembre de 1830.



Interior de la capilla de la Concepción, fundada por el obispo Ferrer Colom (s. XIV) en la Seu Vella (izquierda). La Catedral nueva, también dedicada a la Virgen María, situada delante del antiguo Hospital de Santa María.

La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María por el papa Pío IX se celebró en Lleida solemnemente, con un triduo y otros cultos de acción de gracias en la Catedral, los días 18, 19 y 20 de febrero de 1855, mes y medio después de la publicación de la Bula que lo definía. El informe del entonces obispo de Lleida, Josep Domènech Costa, en respuesta a la Encíclica *Ubi primum* (Pío IX, 1849) manifestando el profundo marianismo de la gente de la ciudad, se expresaba, sin duda, con esta celebración gozosa.

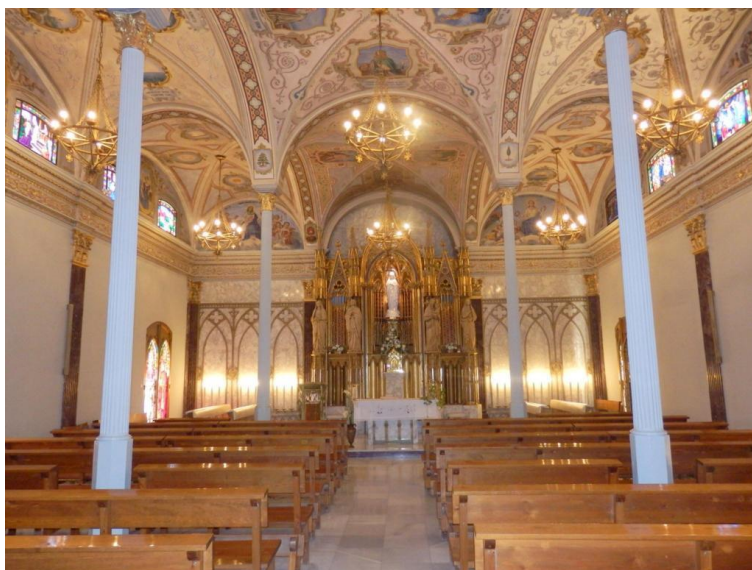


Izquierda. Declaración del Dogma de la Inmaculada Concepción por Pío IX. Pintura de la naya de la Academia Mariana, institución fundada por el sacerdote Josep Maria Escolà, el 12 de octubre de 1862, como monumento perenne a la Inmaculada Concepción. (Derecha: El fundador y los cofundadores en una vidriera del Oratorio de la Virgen blanca de la Academia).



Este hecho fue decisivo para que el sacerdote Josep Maria Escolà, autor del *Breviarum Marianum* (1858), decidiera fundar la Academia Mariana como un monumento perenne a la Inmaculada Concepción, con la colaboración de dos beneméritos y piadosos leteranos, Lluís Roca Florejachs y Josep Mensa Font. Su finalidad era honrar a la Santísima Virgen y difundir el conocimiento de sus excelencias y glorias, preferentemente por medio de la Literatura y las Bellas Artes. El mismo Pío IX, el Papa de la Inmaculada, bendijo personalmente esta institución.

La Paeria también daba muestras de esta devoción mariana sumándose a la petición del patronato de la Inmaculada Concepción, bajo el título de “Virgen de la Academia” para Lleida. Su proclamación el 5 de enero de 1946 por el papa Pío XII colmaría el anhelo de la ciudad.



Oratorio de la Virgen Blanca de la Academia, lugar de culto de la Patrona de Lleida en la Academia Mariana.

3.- La Inmaculada Joven, de Isabel Guerra: un mensaje de Esperanza

Aunque Isabel Guerra no se prodiga en la representación de temas religiosos, es autora de dos cuadros de la Inmaculada Concepción de María que obedecen a encargos de la Conferencia Episcopal Española: *la Inmaculada de la Almudena* (2005) y *la Inmaculada Joven* (2015). Con su realización la monja pintora nos ha legado una magnífica versión contemporánea de esta iconografía mariana tan popular.

3.1. Iconografía de la Inmaculada Concepción

La Inmaculada Concepción ha sido representada tradicionalmente de dos maneras completamente diferentes: en primer lugar, simbólica o alusivamente, mediante el Abrazo de Ana y Joaquín ante la Puerta Dorada; más tarde, en la forma de la novia del Cantar de los Cantares, o de la mujer envuelta en el sol con la luna bajo los pies, del Apocalipsis.

En la iglesia oriental y en la primera versión del arte de Occidente, la concepción de la Virgen María libre del pecado original está asociada a otro hecho milagroso del que son protagonistas sus padres, Santa Ana y San Joaquín. Pasados veinte años de matrimonio, la pareja no tenía hijos y concibieron a María bajo el amparo de Dios en la Puerta Dorada de Jerusalén. Este tema se inspira en una escena de los evangelios apócrifos, especialmente en el Protoevangelio de Santiago.

Hacia finales de la Edad Media apareció una representación novedosa del tema inspirada en el Antiguo y el Nuevo Testamento. La Virgen Inmaculada, enviada desde el cielo por Dios que la había elegido para la obra de la Redención, desciende a la tierra. De pie sobre la luna, coronada de estrellas, extiende los brazos o une las manos sobre el pecho. Para distinguirla de la Virgen ascendente de la Asunción, se la representa con los ojos dirigidos hacia la tierra y rodeada por los símbolos de sus Letanías, que son su escudo de armas (*Arma Virginis*).

La representación de la Inmaculada también se identifica con la Sulamita, la novia del **Cantar de los Cantares** (*Tota pulchra es, Maria, et macula originalis non est in te*. “Eres toda belleza, María y el pecado original no está en ti.”) con las metáforas bíblicas a su alrededor. Estos símbolos se popularizaron con las Letanias de la Virgen de Loreto (**Letanías Lauretanas**) cuya forma actual data de 1576: el sol, la luna, la estrella del mar, el jardín cerrado, la fuente, el pozo de agua viva, el cedro del Líbano, el olivo, el lirio, la rosa, el espejo sin mancha, la Torre de David, la Ciudad de Dios, la puerta del cielo... símbolos de su pureza virginal.



Abrazo en la Puerta Dorada (Giotto, 1304-06) (izquierda). Inmaculada Concepción (Vicent Macip, 1531-1535) (derecha).

Los otros atributos de la Inmaculada Concepción se inspiran en el **Apocalipsis**: “Apareció en el cielo una gran señal: **una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.**” (*Amicta sole, luna sub pedibus, in capite corona stellarum duodecim.* Ap 12).

Este tema apareció por primera vez en la iconografía del arte cristiano a principios del siglo XVI y fue evolucionando en Francia y la pintura italiana del Renacimiento, donde la Inmaculada Concepción se presenta como la contrapartida y la redención del pecado original: la gracia de María redima la falta de Eva.

Pero es el arte barroco del siglo XVII el que crea el modelo definitivo de la Inmaculada Concepción. Libre de todos los símbolos de las Letanías y rodeada solo por los ángeles, la Virgen está suspendida en el cielo sobre una luna creciente, que simboliza la superioridad de María, y está coronada con las doce estrellas. La Virgen simboliza la Iglesia y la corona los doce apóstoles. A veces aparece la tierra y la serpiente, símbolos del pecado original que la Virgen no padeció. La iconografía se completa en ocasiones con querubines que portan los atributos marianos: las azucenas como símbolo de pureza, las rosas de amor, la rama de olivo como símbolo de paz y la palma representando el martirio.



Inmaculada Concepción: Zurbarán, 1661 (derecha); B. Murillo, (1660-65) (centro) i M. Murillo (1897) (izquierda). Esta es la imagen de María Inmaculada, advocación a la que se dedicó la Academia Mariana, que preside el Paranimfo.

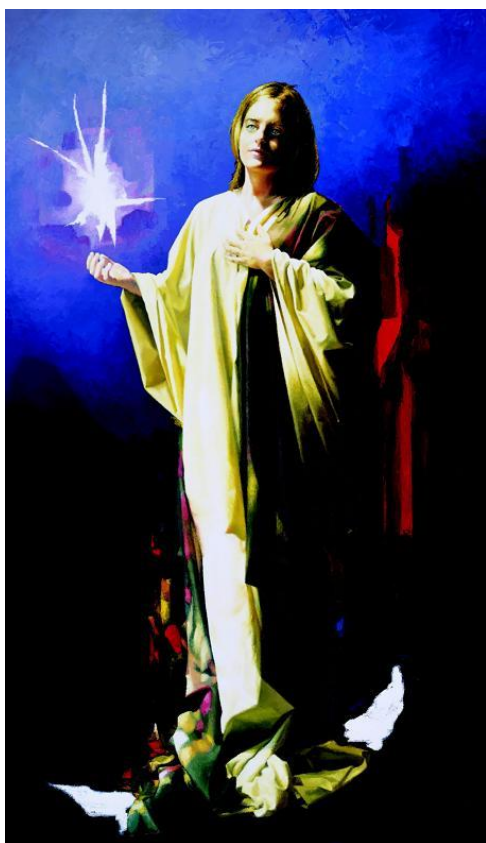
En algunos tratados (“Arte de la pintura” de Francisco Pacheco, 1649) se requiere representar a la Virgen “*en la flor de su edad, de doce a trece años, hermosísima niña... nariz y boca perfectísima y rosadas mejillas, los bellísimos cabellos tendidos, de color de oro*”.

3.2. La Inmaculada de la Almudena

Cuando la Conferencia Episcopal me encargó la realización de una Inmaculada como cuadro conmemorativo del 150 aniversario de la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, me enfrenté a uno de los retos más importantes de mi vida artística y, posiblemente, el más difícil. Pero también me pareció todo un privilegio ya que mi cuadro tendría que formar parte de una gran exposición dedicada a la Virgen Inmaculada en la Catedral de la Almudena de Madrid, junto con Inmaculadas de Murillo, el Greco, Zurbarán, Alonso Cano..., que tienen la fuerza de seguir hablando a los hombres y mujeres de hoy de las maravillas que Dios ha obrado en María.

Comencé a introducirme en el tema contemplando las Inmaculadas más importantes de la Historia de la Pintura, fundamentalmente española. Las obras de los grandes maestros que, utilizando en lenguaje iconográfico de su época, se han convertido en clásicas porque superan de forma señera el paso del tiempo. Enseguida tuve claro que yo no debía de seguir sus huellas ingenuamente. Me planteé fundamentalmente cómo hablar al mundo de hoy de la Madre Inmaculada, la Mujer pura preservada por Dios de toda mancha para ser Belleza infinita. Debía hacer una obra figurativa de lectura fácil y rápida, una imagen que resistiera la mirada entendida y despertara la veneración a María Inmaculada, que elevara a un destino de gloria y de eternidad aspirando a los bienes celestiales... Una imagen que invitara a orar y que fuera, a su vez, una propuesta iconográfica del dogma para el tercer milenio.

Procurando acercar el misterio al sentir de los fieles de hoy, decidí utilizar únicamente los símbolos imprescindibles para una representación de la Inmaculada. Su figura está inspirada en una joven de unos quince años y de ojos azules, con la que los jóvenes de hoy puedan identificarse y tenerla como modelo. Va vestida con túnica blanca bañada por la luz solar y manto azul, sobre el que se irisan rojos y amarillos. Está de pie sobre una luna blanca. Su mano izquierda sobre el pecho, para adelantar la derecha, entreabierta, como en actitud de súplica, debajo de una estrella



María nos entrega el Sol que nace de lo alto y viene a nosotros cuando la noche termina su carrera y todo está en un profundo silencio. La estrella, situada en la transición tonal del fondo, simboliza a María como "estrella de la mañana" -esperanza del día definitivo- y "estrella del mar" -orientadora al puerto seguro-. En el fondo, el color azul va evolucionando desde un celaje descendiendo para convertirse en profundidad del mar y, finalmente, en noche. De esta noche surge el pedestal de una luna estéticamente informal, con las puntas hacia arriba.

Me he tomado alguna licencia, como el manto que ya no parece azul, sino de diversos colores vivos en zonas donde no distraen la importancia de la figura. También hay una abstracción alegórica del dintel de la "Puerta del cielo" en el lateral derecho, para que la imagen acercara la trascendencia a nuestras vidas cotidiana, y la vida de María en su hogar de Nazaret, humilde y sencillo, lleno de belleza, gracia, fortaleza y valores del espíritu alcanzara nuestras vidas.

Inmaculada, de Isabel Guerra (2005) Óleo sobre lienzo. (2 x 1,20 m). Catedral de Santa María la Real de la Almudena, Madrid.

3.3. La Inmaculada Joven

El pasado año la Conferencia Episcopal me encargó un cuadro para la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia y se presentó en el Encuentro Europeo de Jóvenes, que tuvo lugar del 5 al 9 de agosto de 2015 en Ávila.

La Inmaculada Joven es una nueva versión, moderna y juvenil, de la Inmaculada Concepción, actualizada con todos sus símbolos y realizada con técnica digital. casi adolescente, con una mirada limpia y de gran trascendencia. Viste una túnica blanca bajo una capa azul. Tiene una media

luna creciente bajo los pies y está coronada con doce estrellas representadas de manera informal, muy estilizadas. Sus manos están en actitud de ofrecerse a la voluntad de Dios.

El fondo del cuadro está muy texturado, con colores diversos. En la parte superior domina la luz solar que irradia directamente sobre la cabeza de la Inmaculada formando una aureola de santidad alrededor de la cual las estrellas forman como una mandorla que enmarca su figura hasta la cadera. En la parte inferior domina el color azul que irradia del manto de la Inmaculada, dejando ver un paisaje terrenal con diversas construcciones, una de las cuales es el Monasterio de Santa Lucía, el lugar donde se ha concebido esta obra. Sobre una luna en cuarto creciente muy estilizada se yergue, como suspendida la Inmaculada bajada del cielo, donde aún tiene puesta su mirada.

Como en todas mis pinturas, con la Inmaculada Joven quiero dar un mensaje de luz para



transmitir que nuestra vida es mucho más de lo que vemos, y que también Dios está presente en todo lo que vemos. El arte nos interpela y toca el espíritu, nos hace descubrir que tenemos alma y este descubrimiento nos acerca a Dios. Con la Inmaculada Joven pretendo que vean en María Inmaculada un modelo para la juventud y puedan tenerla como compañera en la vida, como madre, hermana, como joven... e intercesora a través de su Hijo Jesucristo.

nos eleva, nos invita a mirar nuestra vida con la esperanza de la fe. Sería maravilloso que los jóvenes la descubrieran y la imitaran.

Actualmente ella va a su encuentro recorriendo todas las diócesis españolas. Los días 1 y 2 de octubre visitará a los jóvenes de Lleida y después del Certamen Mariano que la Academia Mariana ha convocado en su honor seguirá siendo el emblema de la juventud española desde la capilla de la sede de la CEE.

¡Que María Inmaculada 'Vida y Esperanza nuestra' rece por nuestros jóvenes de Lleida!

Inmaculada joven, de Isabel Guerra (2015). Pintura digital (1,95x 1,10 m). CEE. Pastoral de Jóvenes – Madrid.

Oración de la Inmaculada Joven

María Inmaculada, Madre joven y madre de la juventud.

Acoge las oraciones de todos los jóvenes que nos ponemos ante ti.

Acoge nuestras dudas, acoge nuestras dificultades, acoge nuestra fe.

Somos la esperanza en el presente de la Iglesia,

Somos el rostro que tiene que hacer visible la misericordia de Dios en nuestro mundo.

Si tú nos acompañas no caminaremos nunca solos.

Gracias Madre. Amén.

Fuentes de información:

- Altisent, Juan B. Pbro.: **Lérida y la Inmaculada**.- Imprenta Mariana. Lérida (1931)
- Bitácora de Artes Visuales: **Isabel Guerra, pintora de la luz. Biografía y entrevista**.
<http://elartedelconocimiento.blogspot.com/2009/07isabel-guerra-la-pintora-d-la-luz.html>
(enero,2011)- Campoy, A.M.: **Isabel Guerra, pintora**.- Ed. Galería Sokoá, Madrid (1991)
- Cubas, M^a Teresa: **Isabel Guerra, la belleza de la luz**.- Revista ESFINGE nº 36 (junio, 2003)
- Escobar Correa, Juan Gonzalo: **Ave Maria, Gratia Plena. Iconología e iconografía de la Inmaculada Concepción**.- Universidad Nacional de Colombia, Medellín (2012)
- **Exposición Isabel Guerra 2015. Pintura, dibujo y fotografía**. Ibercaja Obra Social, Madrid y Zaragoza (2015)
- García, M. i Otero, F.: **Inmaculada digital de la monja pintora**.- <http://www.larazon.es/religion>
- **Isabel Guerra: Catalogo Exposición de Oleos y Dibujos**.- Ed. Galeria Sokoá, Madrid (1999)
- **Isabel Guerra: Catalogo Exposición de Oleos y Dibujos**.- Ed. Galeria Sokoá, Madrid (2004)
- **Isabel Guerra**.- Entrevista en el Monasterio de Santa Lucía el 16 de febrero de 2016.
- Réau, Louis: **Iconografía del arte cristiano (tomo 1, vol 2)**.- Ediciones del Serbal, Barcelona (1996)
- ZUFFI, Stefano: **Episodios y personajes del Evangelio**.-Electa, Barcelona (2003)

